

ARTIERES, Philippe, (2013) *La police de l'écriture. L'invention de la délinquance graphique 1852-1945*. Paris, Éditions La Découverte, 184 pp., ISBN 978-2-7071-6937-2.

Palabras clave: Historia de la escritura, historia de la lectura, investigación policial, siglos XIX-XX.

Il y a ces hommes en bleu qui arpentent les rues de Paris avec leurs carnets, ceux qui dans les bureaux des commissariats recueillent les écrits suspects dans des dossiers, ceux qui dans d'autres locaux les cherchent dans les journaux... et il y en a un dernier qui, seul, assis à sa paillasse, les regarde au microscope. Tous appartiennent à la police, tous participent de la construction de cet objet d'écriture dangereuse.

De todos estos hombres –ninguna mujer– y de cómo construyen una mirada nueva, policial, sobre la escritura, trata este libro de Philippe Artières, que se inscribe en un programa más vasto iniciado hace años con la mirada médica (*Clinique de l'écriture. Une histoire du regard médical sur l'écriture*, Paris, 1998) y que debería completarse en el futuro con el estudio de los comerciantes de manuscritos.

Philippe Artières, director de investigaciones en el CNRS, cuenta en su haber con un variado recorrido investigador que le ha llevado incluso, junto a Dominique Kalifa, a experimentar con algo casi siempre tan encorsetado como la forma de relatar en el ámbito histórico (*Vidal. Le tueur de femmes, une biographie sociale*, Paris, 2001). Con el pensamiento de Michel Foucault como desencadenante, *La police de l'écriture* aborda una historia de los discursos, de la escritura y de la lectura desde los márgenes, analizando una mirada que contribuye a que la cultura escrita ocupe un lugar preciso en la sociedad. Los interrogantes planteados en la introducción no pueden ser más sugerentes: “Comment les policiers procèdent-ils? Que font-ils? Qu'est-ce que leur regard produit? Quels écrits produisent-ils à leur tour?”. Para responder a las mismas, Philippe Artières recurre preferentemente a los archivos de la Prefectura de Policía de París y a los archivos personales de Edmond Locard, fundador del Laboratorio científico de la Prefectura de Policía de Lyon.

El libro se divide en tres bloques cuyos límites cronológicos se encabalgan, comenzando por la primera parte: “Réglementer et circonscrire l'écriture publique (1852-1902)”. Junto a otros elementos que reflejan los cambios que están produciéndose en el espacio público parisino respecto al escrito, los vallados haussmanianos, en una ciudad que está durante años en obras, pueden constituir un nuevo e inesperado espacio para lo escrito en la época del Segundo Imperio. Será, sin embargo, durante la etapa de la Comuna, en 1871, cuando la escritura expuesta juegue un papel de primera línea en la insurrección y el establecimiento de un nuevo orden a través de los carteles que a diario inundan París. Más tarde, al asentarse la Tercera República, se tratará de retomar el poder sobre la escritura pública, particularmente con la conocida ley de 29 de julio de 1881, que, además de otras cuestiones de interés, establece un marco estricto para la exposición de carteles, desarrollándose también, por ejemplo, una política de reconquista urbana a través de las inscripciones en los edificios

públicos: “École primaire”, “Préfecture”, Mairie”... o “Liberté-Égalité-Fraternité” en la fachada de los ayuntamientos.

Esta primera etapa, caracterizada por la reglamentación, será continuada por un nuevo periodo que se superpone al anterior, el de la segunda parte del libro, bajo el título: “Lutter contre la délinquance graphique (1871-1918)”. La documentación más original y rica de la obra se encuentra, a mi juicio, a partir de estas páginas, aunque el análisis del autor y sus planteamientos generales hagan necesarias las anteriores. Los archivos de la Prefectura de Policía de París desvelan, por ejemplo, cómo en diciembre de 1884 un agente informa: “On a constaté aujourd’hui sur le socle de la statue de la République, en face de l’Institut, les mots suivants peints en vert: « Vive le Roi ». Les lettres mesurent 10 centimètres environ de hauteur”. Más adelante, en mayo 1900, otro informe indica a propósito de las conmemoraciones que tienen lugar en el Père-Lachaise, en recuerdo de la Semana Sangrienta de 1871:

Surveillance exercée hier matin au Mur des Fédérés et aux tombeaux de Blanqui et [Vallès]. Deux couronnes de la Jeunesse Blanquiste ont été apportées au Mur des Fédérés à 7 h ½ [...] Aussitôt après le départ de la délégation, les mots Gallifet ont été arrachés des couronnes par le gardien chef du cimetière [...]. À 9 heures, à la prise de service par les gardiens de la paix du XX^e arrondissement, le mot intransigeant qui figurait sur l’une des couronnes a été enlevé par eux.

Otras veces es el propio escrito el que puede venir a las manos del policía, como sucede cuando, en el marco del clima de intranquilidad creado en París a principios de los años noventa del siglo XIX, la época de Ravachol, se multiplican los anónimos: “Paris le 30 mars 92, Huissier Brillié, Sous peu de temps ta boîte sautera la cartouche est praité [sic] pour faire sauter tout ton pavillon. Cette décision a été prise par le comité anarchiste de Paris. Le Comité BJ GK”. En otros escritos la violencia está, además de en el contenido, con palabras como “dinamita” o “explosión”, en la materialidad, al utilizarse papel de luto en alguna ocasión, manchas, trazos temblorosos... que el autor del libro relaciona con técnicas de intimidación a las que se añade algo no menos inquietante: la mano que deposita el anónimo en un lugar cercano y no esperado.

Se asienta en estos años un nuevo tipo de lector, el agente del orden encargado de describir, registrar y recolectar los rastros de la *delincuencia gráfica*; un dispositivo destinado a vigilar el espacio público, localizar y eliminar la escritura ilícita o luchar contra la escritura anónima. Para ello y para conformar una mirada policiaca sobre la escritura es necesario recorrer la ciudad, recoger información y describir en un informe, además de relacionar lo hallado con otros escritos que escapan a la norma. Así, la Policía no sólo aguarda hasta que los ciudadanos vengan a denunciar ciertos escritos sino que envía a sus agentes –lectores y borradores– a recorrer la ciudad, provistos de papel y lápiz para localizar en cualquier punto la escritura “peligrosa” y dejar constancia de la misma.

El tercer bloque, “Constituer un savoir policier sur l’écrit (1910-1945)”, nos traslada de las calles y las comisarías a un nuevo espacio: los laboratorios de la policía científica. Es una nueva época en lo que hace a la capacidad de desvelar quién está realmente detrás de una determinada escritura. “Le temps des pleins pouvoirs du policier de l’écrit”, una edad dorada a la que poco a poco se pone fin tras la Segunda Guerra

Mundial. Esta parte del libro y el tiempo del que se ocupa están colonizados por un nombre propio: Edmond Locard, creador de la policía científica en Lyon en 1910 y, entre otras muchas cosas, admirador declarado de los métodos de Sherlock Holmes. Pronto Locard se convertirá en el gran especialista en cartas anónimas, escritos falsificados o comparación de escrituras, al servicio de las instituciones y también de los particulares, siendo capaz de proyectar la imagen de un trabajo extremadamente fiable. Se convierte así en un auténtico maestro de especialistas que desarrolla un método preciso. La Segunda Guerra Mundial, sin embargo, abre un tiempo nuevo que hace que Philippe Artières, aunque se permita dedicarle algunos párrafos a lo que sucede hasta nuestros días, prefiera cerrar su análisis más detallado en 1945. Durante el conflicto mundial, en efecto, las nuevas técnicas son aplicadas a los documentos escritos y serán útiles a la política antisemita aplicada en Francia. No se trata ya de perseguir la escritura anónima sino a aquel que se atreve a desafiar al poder suplantándolo y emitiendo documentos en su lugar. De la posibilidad de disponer de determinada documentación falsificada puede depender la vida de una persona. Importan ahora más los documentos administrativos que la escritura personal. Además, la fotografía ocupa un lugar fundamental cuando se trata de efectuar una identificación.

C'est ce cliché que la police regarde désormais ; c'est l'image qui va faire preuve et qui aura un pouvoir de vie ou de mort. L'identification par l'écrit est trop complexe, trop coûteuse en temps. L'Occupation marque ainsi la fin de la puissance de l'écrit et avec elle sans doute la possibilité de se rendre anonyme. Car l'écrit permettait de tromper le lecteur lambda, l'agent, le soldat ; la photographie beaucoup moins.

Nada volverá a ser como antes. La escritura pública y anónima trata de ser contenida durante la segunda mitad del siglo XIX y permite la construcción de una “escritura delincuente” desde la mirada policiaca. Los progresos de la alfabetización hacen que la palabra, inscrita en la ciudad contemporánea, esté cada vez más al alcance de un público popular, despertando no poca inquietud. Ello coincide con el desarrollo de la *sociedad disciplinaria* y desaparece, apunta el autor del libro en las últimas páginas, cuando la *sociedad de control* se convierte en dominante a principios de los años cuarenta del siglo XX. Philippe Artières, en conclusión, realiza en esta obra un interesante ejercicio de aproximación a la construcción del escrito a través de una mirada concreta, la policial, y a cómo este proceso se desarrolla históricamente mediante distintos objetos y gestos, desde la legislación hasta la visión adiestrada del experto. La mirada policial sirve para marcar límites en la ciudad contemporánea y por lo tanto para definir socialmente, para vigilar y en su caso castigar al desviado. El valor del libro está sobre todo en su capacidad para hacernos reflexionar, para poner de relieve la importancia que tienen determinados actores en una historia social de la escritura y de la lectura; una historia que no puede hacerse sin contar con lo que significa el ojo atento del policía, ayer y hoy, sobre lo escrito.

Víctor RODRÍGUEZ INFIESTA
Universidad de Oviedo
rodriguezvictor@uniovi.es